

Madeleine Albright

Fascismo. Una advertencia

Paidós, Barcelona, 2018, 350 páginas.

UNA ADECUADA CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA DEL OBJETO DE ESTUDIO

Madeleine Albright, Secretaria de Estado durante el segundo gobierno de Bill Clinton (1997-2001) nos presenta una obra oportuna, necesaria y de obligada lectura en la que aborda una cuestión, como es el fascismo, que siempre ha ocupado un espacio de relevancia en el estudio de las ideas políticas.

En este sentido, resulta de utilidad que la autora siga un orden cronológico a la hora de exponer sus argumentos. Se trata de una metodología en la que combina rigor académico con vivencias propias, puesto que ella sufrió en primera persona las experiencias totalitarias del nazismo y del comunismo estalinista, lo que obligó a su familia a emigrar a Estados Unidos al término de la Segunda Guerra Mundial: “el sueño marxista de un paraíso obrero se había trocado en una pesadilla de tintes orwellianos; la conformidad era el bien máspreciado, había informantes vigilando en cada edificio, países enteros vivían rodeados de alambradas con gobiernos que insistían en que lo blanco era negro” (p. 15).

De una forma más general, Madeleine Albright señala cómo el fascismo italiano, el nazismo alemán y el estalinismo soviético compartían numerosos rasgos comunes, de ahí que, con buen criterio, subraye que sostener que fascismo y comunismo son antagónicos no resulte tan sencillo. En efecto, ambos manifestaron desprecio hacia la democracia, concedieron un rol fundamental al binomio propaganda/culto a la personalidad e instrumentalizaron la agitación social iniciada a finales del siglo XIX. De hecho, los comunistas calcaron a los fascistas: “un partido único, con una sola voz, controla todas las instituciones estatales, se arroga la representación del pueblo y presenta toda la farsa como un triunfo de la voluntad popular” (p. 112). Además, Hitler y Stalin profesaban el

lenguaje de la violencia: “despreciaban los ideales jeffersonianos del gobierno popular, el debate razonado, la libertad de expresión, el sistema judicial independiente y las elecciones libres” (p. 107).

REALISMO FRENTE A DEMAGOGIA

Albright aborda su estudio del fascismo sin caer en la retórica o en los lugares comunes. Por el contrario, adopta un tono combativo susceptible de resumirse en una premisa que permea toda la obra: la necesidad de no considerar la democracia como algo garantizado de antemano y para siempre. En íntima relación con esta idea, efectúa una serie de precisiones fundamentales, susceptibles de sintetizarse en que la verdadera democracia no consiste únicamente en convocar elecciones sino en respetar a las minorías.

En efecto, la historia reciente le da la razón, tal y como corrobora la presencia actual de dirigentes que, sirviéndose de la democracia y de sus instituciones, tratan de cercenar aquélla. En este sentido, Madeleine Albright es valiente y nos ofrece nombres y apellidos, destacando al respecto Víktor Orban, Vladimir Putin, Erdogan o Hugo Chávez.

APOSTANDO POR UN LIDERAZGO DE ESTADOS UNIDOS A NIVEL GLOBAL

Madeleine Albright realiza una crítica demoledora, sólidamente argumentada, de Donald Trump y de su presidencia. El principal reproche que efectúa al actual inquilino de la Casa Blanca radica en que bajo su mandato, Estados Unidos ha renunciado a ejercer un rol de liderazgo en el escenario internacional. Esto último no supone una novedad, existiendo una serie de precedentes a lo largo de la historia y en los que se detiene la autora.

En efecto, durante la década de los años 20, Estados Unidos retomó su “plácido” aislacionismo, mientras en Europa se sucedían una tras otra las experiencias totalitarias. La Italia de Benito Mussolini fue sólo el inicio de una dinámica perniciosa que alcanzó su cénit con el ascenso de Hitler al poder: “como en Italia, el final de la guerra provocó agitación en los sindicatos, con huelgas y protestas frecuentes, mientras millones de soldados regresaban del frente, con el cuerpo y la mente llenos de cicatrices y mendigando empleos que no había. La sensación de alienación se incrementaba por la imagen que, a lo largo del siglo XIX, los alemanes habían desarrollado de sí mismos como guardianes de una nación propia, con una misión divina y un legado cultural único” (p. 49).

En consecuencia, Albright condena de forma contundente que durante la presidencia de Trump, su país haya abandonado el *modus operandi* asumido desde la época de Franklin Delano Roosevelt y continuado por los sucesores de éste último. Esto se tradujo en la puesta marcha de numerosas organizaciones multilaterales detestadas por el actual presidente norteamericano, quien prefiere el mediático y demagógico *América First*: “como Trump está obsesionado con el *América First*, China puede presentarse como la defensora del libre comercio aun cuando aplique unas tarifas más elevadas, unas restricciones comerciales más rigurosas y mayores trabas a la inversión extranjera que Estados Unidos” (p. 273).

No obstante, debe enfatizarse obligatoriamente que Albright no considera a Trump un fascista. Esta afirmación no le exime de críticas por parte de la autora, tales como: admiración profesada hacia líderes como Duterte, Al Sisi o Putin, concebir las relaciones internacionales como una lucha competitiva entre las naciones (lo que le lleva a “olvidar” que determinadas cuestiones, por ejemplo la inmigración o la lucha contra el terrorismo global, exigen de la cooperación y coordinación entre los Estados). Además, la elección de Trump ha fortalecido a dirigentes con tendencias autócratas que ven en el norteamericano una suerte de referente. Este fenómeno se completa con otro que Albright lamenta amargamente: la cada vez más extendida percepción de que Estados Unidos supone una amenaza para las instituciones democráticas.

EN CONCLUSIÓN

En definitiva, una obra en la que la autora lleva a cabo una defensa militante de la democracia, sin incurrir por ello en la presentación de planteamientos utópicos. En tal misión concede a Estados Unidos un rol fundamental, como “nación indispensable”, concepto que ya enarbó durante sus años al frente de la diplomacia norteamericana, ya que ella siempre consideró que su país lideraría la oposición al fascismo, a los fascistas y a las ideas fascistas: “un fascista es aquella persona que dice hablar en nombre de una nación o de un grupo específico, que no se preocupa en absoluto de los derechos de los demás y que está dispuesto a servirse de la violencia y de los medios que sean precisos para conseguir las metas que se haya propuesto” (p. 300).

Alfredo Crespo Alcázar